

# Cultura alemana inmortal

[Joseph Goebbels](#)

Si imagináramos la cultura occidental sin las aportaciones de Alemania e Italia, faltarían muchas cosas. Por muy obvio que sea esto, hay que repetirlo de vez en cuando para dar una respuesta breve pero persuasiva a la arrogante palabrería del enemigo. Les encanta pretender ser los protectores y defensores de un arte y una cultura que ellos mismos no han creado, o a la que han hecho, en el mejor de los casos, una modesta contribución que podría desaparecer sin mucho daño para el edificio cultural. Los tesoros artísticos que poseen fueron robados en su mayoría por sus ejércitos en Europa o en el resto del mundo. Apenas tienen logros culturales propios, y los que tienen proceden de la conciencia espiritual de esa parte del mundo que hoy intentan destruir. Ciudades como Núremberg y Múnich o Florencia y Venecia contienen más manifestaciones eternas de la cultura occidental que todo el continente norteamericano. ¿Qué músicos tienen los ingleses para comparar con Beethoven o Richard Wagner, y qué artistas pueden presentar los norteamericanos para igualar a Miguel Ángel o Leonardo da Vinci?

Se habla de cultura humana. Nosotros la tenemos, y seguimos siendo hoy sus guardianes, custodios y protectores. Debemos recordarlo para comprender y apreciar adecuadamente la gigantesca lucha que libran las potencias del Eje. Estamos luchando por los valores básicos que Europa ha creado en sus miles de años de historia. Más aún, estamos luchando por la fuente misma de estos valores, tanto en el pasado como para el futuro. Las raíces mismas de Europa están amenazadas.

Las naciones que más han contribuido a Occidente luchan por su existencia material y espiritual. Si se rindieran, nuestro continente lo perdería todo. Se cortarían las raíces mismas de su crecimiento, que tantos frutos han dado a lo largo de dos milenios.

Es estúpido, y fácil de refutar, que nuestros enemigos sostengan que sólo luchan contra los actuales dirigentes de las potencias del Eje, no contra sus pueblos.

Eso es lo que siempre han dicho, pero lo olvidaron cuando llegó el momento de actuar, como por ejemplo en 1918 y 1919. En segundo lugar, estos regímenes son la expresión natural del pensamiento político moderno de sus pueblos. No tienen otra forma razonable de gobierno. La afirmación de que su estructura autocrática resta vida al arte, e incluso imposibilita su progreso, es fácilmente refutable tanto teórica como prácticamente. Estos regímenes no son tan autocráticos como se les acusa. En realidad tienen rasgos democráticos más fuertes que las democracias tradicionales, y además la historia de la cultura demuestra que en todas partes y en todas las épocas el arte no se pregunta bajo qué sistema político vive. Iglesias y edificios laicos fueron construidos a lo largo de los siglos por papas y reyes tiránicos. Las mejores pinturas de Europa proceden de épocas llenas del ruido del campo de batalla. Nefastas familias nobles promovieron el máximo florecimiento de las artes visuales, mientras sus ciudadanos vivían atemorizados.

Incluso ignorando el pasado, el presente refuta las estúpidas y viles afirmaciones que nuestros enemigos utilizan para ocultar sus acciones, que se oponen a la cultura o la destruyen. Es una violación del sano entendimiento justificar los ataques enloquecidos de aviones terroristas ingleses o estadounidenses contra ciudades alemanas o italianas por motivos culturales.

Centros culturales alemanes o italianos construidos a lo largo de siglos son reducidos a hollín y cenizas en una breve hora. Esto es mucho más que un intento de aterrorizar a nuestra población, y mucho menos de atacar nuestra producción de armamento. Es la prueba de un complejo de inferioridad histórica que quiere destruir lo que el enemigo es incapaz de producir por sí mismo, y que nunca ha creado en el pasado.

La humanidad europea debe sonrojarse de vergüenza de que un aviador del terror estadounidense, canadiense o australiano de 20 años pueda destruir un cuadro de Alberto Durero o Tiziano, que pueda destruir la obra de los nombres más honrados de la historia, aunque él y millones de sus compatriotas ni siquiera hayan oído hablar de ellos.

No puede haber disculpa para tal comportamiento. Es un ataque frío, cínico y calculador del niño mimado de Europa. Estos advenedizos del Nuevo Mundo se vuelven contra el Viejo porque es más rico en alma y espíritu. Sus eternos logros artísticos se enfrentan a rascacielos, coches y frigoríficos.

¿No es interesante que los dirigentes ingleses hayan destruido docenas de teatros alemanes, mientras que la propia Inglaterra no tiene ni un solo teatro serio? Y los estadounidenses ni siquiera son dignos de mención. Arrasan las ciudades europeas y sus hitos culturales, ya que no hay nada con lo que compararlas en Chicago o San Francisco. Su terror de bombardeos destruirá la parte del arte y la cultura europeos que no pueden comprar.

Sabemos lo que traman. Esta guerra es algo más que nuestro pan de cada día, nuestro espacio vital y nuestra paz. Más que nunca, tenemos que defender nuestras posesiones más valiosas, las cosas que hacen que la vida merezca la pena, sin las cuales la vida humana carece de sentido, como las vidas de nuestros enemigos de las estepas del este. La guerra es, en efecto, una gran destructora, pero también contiene elementos constructivos que aparecen de repente en medio de su labor destructiva. Nos roba los sentidos, pero también nos los devuelve. Nunca antes los pueblos de nuestro continente habían podido ver con tanta claridad en qué situación se encuentra Europa y qué debemos hacer. En tiempos de paz confortable, la seducción de la comodidad material puede parecer demasiado satisfactoria. La guerra lo borra todo. Aleja la torpeza y la indiferencia, y nos devuelve a las raíces y fuentes de nuestra fuerza, enseñándonos que no sólo de pan vive el hombre. Nunca ha tenido el pueblo alemán tanto impulso hacia las cosas intelectuales y espirituales como hoy. No hablo de las manifestaciones menos agradables de la guerra,

que siempre están ahí. Sin embargo, hay que fijarse en nuestros teatros, salas de conciertos, museos y exposiciones de arte. Día y noche, verano e invierno, decenas y cientos de miles de alemanes se sientan o permanecen de pie asombrados ante tanta belleza. Nos hemos vuelto más ricos, más plenos y mejores como resultado de la guerra.

Sería un error explicar esta evolución exclusivamente por motivos materiales. El pueblo alemán no gasta su dinero en arte porque no haya otra forma de gastarlo, como a veces se dice. El camino hacia el arte es el camino hacia sus corazones. El presente, con su dolor y su miseria, nos lleva a las consoladoras certezas de nuestro pueblo, y ¿dónde son más visibles que en el arte? En él vemos la respuesta a la furia destructiva de nuestros enemigos. Aprendemos hoy a apreciar lo que ellos no pueden comprender, puesto que está amenazado. No tiene importancia si esto ocurre ocasionalmente de forma primitiva, o como algunos sabelotodos lo llaman, Kitsch. Con el tiempo, las cosas se arreglarán solas. Todos fuimos principiantes alguna vez, y lo que nos gustaba de niños a menudo no nos gusta una vez maduros. En este sentido, una gran parte de nuestro pueblo aún está en sus años de infancia, lo que deja margen para la educación y el desarrollo sistemáticos. A pesar de todo nuestro rico y glorioso pasado, somos un pueblo en sus comienzos.

Todo está abierto ante nosotros. Sólo tenemos que tender la mano. Sería más que grave que los artistas de hoy no quisieran comprenderlo. Nunca han tenido un público más ávido que hoy. Hay que recordar el pasado para saber lo que eso significa. Los nuevos cuadros, esculturas, obras de teatro, novelas, sinfonías y óperas ya no interesan sólo a los críticos intelectuales de los periódicos, como ocurría a menudo antaño. Hoy deben resistir la mirada y el oído del pueblo. Aún más, tienen que soportar la comparación con las grandes obras del pasado, que la conciencia popular de hoy ha empezado a comprender, y que proporcionan los estándares para los nuevos aficionados al arte. La máxima de Goethe es hoy más cierta que nunca: los artistas deben crear, no hablar. La época ofrece a cada uno la oportunidad de poner a prueba su talento. A diferencia del pasado, cada

uno tiene las mismas oportunidades. Nadie puede quejarse de no haber tenido la oportunidad de hablar, siempre que tenga algo que decir. Que coja la pluma, el pincel, el cincel y el compás y hable con los instrumentos de su arte y su vocación a una época que espera la iluminación.

Es una maravilla que en medio de esta gigantesca batalla, el arte sea capaz de existir, casi intacto por las tormentas de la gigantesca y fatídica lucha de nuestro pueblo.

Si hiciera falta alguna prueba del apoyo del nacionalsocialismo a las artes, ésta es esa prueba. Esto no significa que los artistas puedan ignorar lo que ocurre a su alrededor. Puede haber un artista aquí o allá que crea que como su arte no concierne a la guerra, las leyes elementales de la guerra no tienen aplicación para él. Hay que recordarle su deber, tal vez con bastante firmeza. Su trabajo, aunque no esté relacionado con la guerra, no es un fin en sí mismo. Sigue trabajando para su pueblo, que soporta las cargas más pesadas y las penas más profundas. Tiene derecho a esperar que el artista lo reconozca, sobre todo porque goza de una libertad creativa en la niebla de la guerra que nunca tuvo en tiempos de paz normal y sin trabas.

En este cuarto año de guerra, tengo el honor de inaugurar en nombre del Führer la 7ª Gran Exposición de Arte Alemán en la Casa del Arte Alemán de Múnich.

La bella e impresionante exposición no es independiente de su edad. Su forma está influida por ella. Contribuye a la guerra en el frente. Nuestros artistas dan aquí la mejor prueba de su energía y su fanatismo creativo.

Como en los pasados años de guerra, el Führer no puede estar con nosotros. Pero su espíritu está aún más con nosotros. Este monumento cultural, el edificio y la exposición, son obra suya. Fue construido en la paz, mantenido y ampliado en la guerra, y apunta a una paz feliz y bendita. Su esplendor nos da hoy una señal de lo que será cuando llegue la victoria, en la que hoy creemos más que nunca. Saludo al Führer en esta gran época, de la que él es el creador. El andamiaje sigue ahí y sólo el experto puede

ver lo que su creador tiene en mente. Pero todos podemos creer en ello. Lo hacemos con toda la fuerza de nuestro corazón.